

son como ciertas perspectivas que muestran lo blanco ó lo negro, segun el punto de vista que se toma.» ¡Cuestion de prisma! El prisma que emplean los defensores de la ortodoxia, ¿no será un instrumento hecho á medida de su deseo? Buscad y encontraréis, dice la Sagrada Escritura. Se encuentra fácilmente lo que se tiene gusto en encontrar. Hé aquí cómo es que se han encontrado pruebas en los Padres de la Iglesia de creencias en que no pensaban siquiera. Bayle lo hace tambien notar: «Si los filósofos del paganismo, dice, fuesen jueces de nuestras controversias, no dudo que fallarian que los testigos de que nos servimos unos y otros no saben lo que se dicen, y que por tanto, hay que rechazarlos sin oírles» (1).

¡Qué sería si un libre pensador leyese los escritos de los Santos Padres! ¡Qué tonterías, qué faltas de sentido comun, qué de supersticiones encontraria en ellos! Los católicos mismos, con tal que sean francos, lo confiesan: La *Biblioteca* de Dupin, dice Bayle, es muy á propósito para desengañar á los que creen que cuanto más próximos han estado los Santos Padres al origen, más ilustrados han sido; porque se nos hacen ver *grandes errores* en la *mayor parte de los padres de los tres primeros siglos*» (2). Errores aún bajo el punto de vista ortodoxo. Y lo que los ortodoxos consideran como verdades, no es muchas veces más que un cúmulo de creencias supersticiosas. Los protestantes hán acabado por no hacer caso de los Santos Padres, dejan á un lado las autoridades humanas para atenerse á la palabra de Dios. Pero, si sus objeciones contra la tradicion católica son invencibles, las de los católicos contra la doctrina protestante no lo son ménos. «Conduce directamente al escepticismo», dice Nicole, y Bayle es de opinion de que Nicole razona muy bien. La Escritura es la base de la fe. Perfectamente; pero es preciso empezar por asegurarse de que la Escritura es realmente la palabra de Dios. Lo creéis, diréis. Muy bien; ¿pero quién os asegura que no os equivocais? No teneis á vuestro favor más que vuestra opinion individual, y ¿será necesario recordaros cuántas veces habeis sido engañados bajo la fe de aquella autori-

(1) BAYLE, *Noticias* (Obras, t. I, p. 42 y 580).

(2) *Id.*, *ibid.*, (Ibid., p. 575).

dad? Aun cuando tuvieseis razon, sería preciso saber qué libros son canónicos y qué libros no lo son. Teneis escritos canónicos. ¿Estais bien seguros de que vuestra traduccion es exacta? ¿Quién os lo garantiza? ¿Leeis el original? tanto mejor; ¿pero lo entendeis en el verdadero sentido? Hay diversas interpretaciones; ¿quién os dice que la vuestra es la mejor? ¿Y si seguís la buena, los que admiten un sentido distinto estarán sin duda en el error? ¡Cuántas razones para dudar! Si la fe, á pesar de reposar en tan frágiles fundamentos, se conservase, sería el mayor de los milagros. Luego el protestantismo conduce al escepticismo (1).

Los protestantes dirigen absolutamente la misma censura á la Iglesia romana. Y Bayle halla que razonan tambien muy bien. ¡La fe, ya se llame protestante, ya católica, nos conduce, pues, á la destruccion de la fe! En efecto; los católicos prueban que el protestantismo engendra el escepticismo, y los protestantes demuestran que el catolicismo produce igualmente la duda absoluta. ¿Quién queda dueño del campo de batalla? La razon. No es esto decir que desaparezca toda fe. Por el contrario, la fe se ha conservado en el seno de las sociedades protestantes; pero ¿con qué condicion? Con la de trasformarse incesantemente. En los países católicos no existe apénas más que en el estado de supersticion. Sea supersticion enhorabuena, se dirá; no por eso es ménos cierto que la religion católica es un principio de moralidad. Este es el gran caballo de batalla de los partidarios del pasado. Parece que Bayle ha previsto su apología. Vamos á ver lo que piensa.

IV.

La teología apénas puede influir sobre las costumbres, al ménos directamente, y esto por una gran razon, y es que los fieles la desconocen: ¿dónde está el católico que tropieza en el misterio de la Trinidad y del pecado original? Si tuviera alguna influencia, no podria ser más que mala, en el sentido de que al ver los cristianos escrito sobre todos sus dogmas la palabra *misterio*, humillarían

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Nicole*, nota C.

su razón ante la fe, lo cual en realidad equivale á mantener el imperio de la ignorancia; ahora bien: ¿son favorables las tinieblas intelectuales á la moralidad? La Edad Media y todas las épocas bárbaras dan un mentís á la preocupacion de que las costumbres son puras allí donde reina la sencillez del espíritu. ¿No explica este hecho la profunda corrupcion que caracteriza áun hoy á los países en que domina el catolicismo?

Si dejamos á un lado la teología, no queda á los cristianos por toda religion más que prácticas exteriores. Esto es cierto, al ménos en las naciones católicas. Los protestantes desecharon gran número de ellas á título de supersticiones; sin embargo, atados por los textos de la Escritura, conservaron la comunión. Es preciso que nos detengamos un instante sobre este dogma, que es la señal distintiva de los pueblos cristianos. La Eucaristía ocupó mucho á los filósofos del siglo xvii. Descartes trató en vano de conciliar el más absurdo de los milagros con las leyes de la física; Leibnitz le dió el golpe de gracia, declarando que, si se admite que la *esencia* de los cuerpos es el ser *extensos*, la transubstanciacion implica contradiccion (1). El filósofo alemán trató á su vez de resolver este problema insoluble. A darle crédito, su fe era la de los simples de espíritu; reconocia, con la confesion de Augsburgo, la presencia real de Jesucristo; sostenia que la filosofía explica perfectamente este misterio. En efecto, enseña que lo que constituye la esencia de los cuerpos no es la extension sino la fuerza; añade que se afirma tanto más en su opinion, cuanto que permite conciliar la fe y la ciencia. Por lo demas, dice, depende completamente del capricho de Dios el hacer que el cuerpo de Jesucristo esté presente bajo las condiciones que quiera determinar (2).

¿Qué piensa Bayle de esta conciliacion? Se complace en probar que la presencia real está en oposicion con los principios más ciertos de la razón natural: «¿No es evidente que un cuerpo humano no puede estar en varios lugares á un tiempo? Sin embargo, el misterio de la Eucaristía nos enseña que lo contrario tiene lugar todos los dias, puesto que el cuerpo de Cristo se encuentra en don-

(1) LEIBNITZ *und Landgraf von Hessen*, t. II, p. 53.

(2) LEIBNITZ á PELLISSON (*Obras*, t. I, p. 156 y 266, edic. Careil).

de quiera que un cristiano toma la comunión.» Hé aquí las chistosas consecuencias que se deducen de este milagro: «Se sigue que ni vos ni yo podríamos saber con seguridad si somos distintos de los otros hombres, y si en este mismo instante estamos en el serrallo de Constantinopla, en América, en el Japon, y en todas las ciudades del mundo, bajo diversas condiciones en cada una de ellas. Puesto que Dios no hace nada en vano, ¿habia de crear varios hombres, cuando puede bastarle con uno solo, creado en diversos lugares y adornado de diversas cualidades, segun las circunstancias? La razón se pierde en este dedalo de absurdos; no se sabe ya lo que son dos, ni lo que son tres; no se sabe ya lo que es identidad, ni lo que es diversidad. Si juzgamos que Juan y Pedro son dos hombres, no es más que porque los vemos en diversos lugares, y porque el uno no presenta los accidentes del otro. Pero por el dogma de la Eucaristía, este fundamento de distincion es completamente nulo. Puede ser que no haya más que una criatura en el Universo, multiplicada por la presencia en diversos lugares y por la diversidad de las cualidades; ¿qué es entonces de nuestras reglas de aritmética, que suponen que las cosas son distintas?» (1).

Bayle añade: «¡Quimeras!» La mayor de todas las quimeras, la más inexplicable de todas las locuras es la de que los cristianos se hayan figurado que se comen á su Dios: ¡la criatura que se come á su creador! Por ortodoxo que fuese Leibnitz se guardó muy bien de presentarse á la mesa del Señor, y el filósofo halló más de un creyente que imitó su conducta mas bien que su doctrina. Los católicos han permanecido más fieles á sus prácticas supersticiosas; y á dar crédito á los celosos, ejercen una influencia maravillosa sobre las costumbres. Tal debería ser la religion, porque, ó la religion es una educacion, ó no es nada. ¿Cómo llena esta mision el catolicismo? Bayle va á decírnoslo. Compara la idolatría con el ateísmo, la religion llevada hasta el exceso, y la falta completa de religion, y bien considerado todo, el ateísmo es quien triunfa. ¿Qué entiende Bayle por idolatría? ¿Es el culto de los paganos? El velo es tan trasparente, que habria que cerrar los ojos para de-

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Pyrron*, nota B.

jar de ver: la idolatría es el catolicismo. Bayle mismo lo dice bastante claramente.

La idolatría no consiste más que en supersticiones, y las supersticiones abundan en el catolicismo. Bayle se adelanta á la justificación vulgar de los defensores de la Iglesia; estos abusos, dicen, estas prácticas que repugnan á la razón no están consagrados por las decisiones de los concilios. ¿Qué nos importa? contesta el filósofo. Los vemos autorizados públicamente, forman toda la religión de los creyentes. Esto basta para que podamos imputarlos á la Iglesia (1). Añadirémos que esto nos importa todavía ménos; porque dejamos por ahora á un lado la teología, y nos atenemos á la práctica; miramos, no lo que se dice, sino lo que se hace. Y en este terreno podemos atribuir al catolicismo lo que Bayle dice de los idólatras.

Nótese bien. No se trata solamente de la masa de los creyentes, sino principalmente del clero: ¿no debemos culpar á los pastores de que el rebaño vegete en una estúpida credulidad? Dejamos la palabra á Bayle: « Los sacerdotes son los que han fomentado la superstición, ya porque no tuviesen bastante elevación de ánimo para remontarse á ideas dignas de su soberano ser (lo cual arguye ignorancia), ya porque encontrasen más utilidad en las ideas bajas y rastreras que el vulgo forma de Dios (lo cual arguye cálculo y explotación). Sea de esto lo que quiera, los que debían ser teólogos y estaban ampliamente pagados para sostener el honor de Dios, le han abandonado miserablemente; solamente los filósofos han hecho honor á la revelación natural. Si no han hecho mayores cosas, la falta ha sido de los sacerdotes y de los pretendidos teólogos, que sacrificaban á su cruel política á los que querían reformar la religión » (2). Es inútil insistir en hacer la aplicación de estas palabras á la Iglesia; se encarga de ello ella misma; allí donde puede, fomenta y cultiva la ignorancia. Vamos á ver si le gustan las nieblas por favorecer la moralidad.

La devoción de la Iglesia católica hácia la santa Virgen, dice Bayle, es tan grande, que puede decirse que constituye una de

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos sobre el cometa* (Obras, t. III, p. 82).

(2) ID., *Noticias de la república de las letras* (Obras, t. I, p. 562).

las partes más considerables del culto. Por más que se han ridiculizado los excesos y las hipérboles de los frailes, esta devoción subsiste siempre y conserva todo su brillo. Diariamente se añaden libros á la innumerable multitud de escritos que se han publicado durante varios siglos en loor de Nuestra Señora y sus milagros. Ahora bien, entre las máximas que han sido emitidas por aquellos piadosos escritores, una de las más comunes es: *que se puede ser muy malo, y sin embargo, muy devoto hácia la madre de Dios*. Hemos referido rasgos curiosos de la inmoralidad del culto de la Virgen en la Edad Media (1). Se nos ha censurado el exhumar antiguallas en las que no piensa ya nadie. Bayle va á tomar nuestra defensa y á anonadar á la Iglesia: estas inmoralidades estaban en boga todavía en pleno siglo XVII, el siglo de Bossuet, y lo estarán mientras haya necios que puedan ser explotados por un sacerdocio á quien le parezcan buenos todos los medios con tal que alcance el imperio. Oigamos, pues, lo que se imprimía en el siglo XVII, ese siglo de filosofía cristiana, tan admirado por los modernos ortodoxos: « Había un joven tan pervertido y tan endurecido en el crimen, que habiendo sido reducido á prisión por varias muertes y robos que había cometido, abandonó al Hijo de Dios, con la esperanza de que el diablo le librara de la horca. Aquel hombre no dejaba de recitar diariamente el *Ave María*, y no quiso consentir jamás en la proposición que le hizo el diablo de renunciar á la Santísima Virgen. Esto le fué muy útil, porque habiendo visto cuando le conducían al suplicio una imagen de Nuestra Señora, le dirigió sus oraciones; y en el punto mismo la imagen, inclinándose suavemente la cabeza hácia su devoto, le cogió del brazo de tal suerte que los arqueros no pudieron ya arrancarle de allí. » Este estúpido cuento se halla reproducido con mil variantes en los libritos de devoción, escritos para la mayor gloria de la Santísima Virgen y para la edificación de los fieles. ¡Admírese, pues, la moralidad católica!

Bayle rechaza la distinción que se establece entre el dogma y la práctica para lavar á la Iglesia de estas vergonzosas supersticiones, y tiene razón. Aun cuando se la admitiese, nada ganaría la

(1) Véase el tomo VIII de mis *Estudios*.

causa del catolicismo. La fe revelada vicia la moral en su esencia, subordinándola á la religion. ¡Cosa curiosa! Los defensores de la Iglesia nos dicen en todos los tonos, que fuera del catolicismo, no hay verdadera moral, al paso que la verdadera moral es incompatible con la religion revelada. ¿No es un axioma en teología, que la herejía es un crimen de lesa majestad divina, es decir, un crimen inaudito, ante el cual todos los crímenes castigados en el código penal no son más que niñerías? Tradúzcase este concepto al lenguaje y á las ideas vulgares, y véase la moral que resultará. Un fiel confiesa que ha cometido un adulterio: alcanzará su absolucion sin gran dificultad, aún cuando no se llame Felipe II. Pero que diga que no se puede invocar á los santos, y no obtendrá la absolucion; y si persevera en este funesto error, será hereje, y ¡desgraciado de él si habita en un país en que haya inquisicion! Tendrá el gusto de figurar en un auto de fe, mientras el rey que viene á asistir á tan magnífico espectáculo continúa sumido en el más criminal desorden, y es celebrado como rey católico por excelencia. Nuestra hipótesis no es desgraciadamente una hipótesis. ¿No vemos todos los dias á hombres pervertidos por la educacion católica, tener escrúpulo para comer carne en dia de abstinencia, y no tenerlo aún cuando en Viérnes Santo cometan un adulterio ó seduzcan á alguna jóven? (1).

No para aquí la inmoralidad católica. El catolicismo justifica los crímenes y los convierte en virtudes, al paso que hace delitos de actos legítimos. La Sagrada Escritura abunda en acciones inmorales cometidas por aquellos á quienes la Iglesia nos presenta como modelos de santidad: ¿luego el robo, el fraude y la mentira van á ser santificados? Sí; porque Dios es quien ha mandado á los Hebreos que robasen á los Egipcios, Dios es quien ha mandado á Abraham inmolarse á su hijo, y la voluntad de Dios lo legitima todo, hasta el crimen. Es que Dios tiene una moral, como tiene una justicia, distinta de la de los hombres: condena á los niños que acaban de nacer porque descienden de Adán, y glorifica á Abraham que va á cometer un crimen por mandato suyo. ¡Qué abismo de inmoralidad! Y aún no hemos acabado. Si hay algun derecho di-

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos* (Obras, t. III, p. 126).

vino, lo es seguramente el del libre pensamiento. Es más que un derecho, es un deber, porque es el cumplimiento de nuestro destino. Ahora bien, el que ejerce este derecho, el que cumple este deber, comete un crimen, si la razon le dice una cosa distinta de lo que la Iglesia le enseña. ¿Qué digo? Los trabajos de la ciencia son un crimen, cuando no están en armonía con la estúpida ignorancia de los monsignori que componen la sagrada congregacion de la inquisicion. No se equivoca, pues, Bayle cuando escribe: «Quisiera mejor, si fuese prisionero de la inquisicion, haber hecho más bastardos que Carlo Magno, que haber enseñado, como Galileo, que la tierra gira alrededor del sol» (1).

Finalmente, hay una última censura que dirigir al catolicismo: vicia hasta las virtudes que prescribe. Lo hemos dicho ya, su moral es esencialmente una moral interesada, lo cual es la ruina de la moral. Se admiran los prodigios de la caridad cristiana, y no tratamos de disputar esta gloria á la Iglesia. Pero aquí examinamos el móvil de las acciones, y bajo este punto de vista preciso es decir, con los filósofos, que la virtud que no tiene en sí misma su fin, no es virtud. La hermana de la caridad que alivia las miserias humanas, ¿lo hace por amor á la humanidad, por ese sentimiento natural que nos lleva á socorrer á los desgraciados? No conoce siquiera la naturaleza, porque para ser religiosa, ha tenido que hollar varias veces los deberes que la naturaleza le impone. Se hace hermana de la caridad por amor á Cristo, lo cual quiere decir, en definitiva, por un sentimiento personal. ¿Se ocupa en curar los males que presencia? Pues es para ella un medio de ganar el cielo, y cuando puede además convertir á aquellos á quienes cuida, ya no tiene más que pedir. Por lo demás, el espectáculo de los sufrimientos no conmueve su corazón; se echaria en cara la compasion como un pecado: ¿no nacen los hombres para sufrir? ¿Y no es la enfermedad el estado natural del cristiano?

Hé aquí la moral católica: ¿debemos admirarnos de que conduzca al mismo resultado que el paganismo? Todo cuanto Bayle dice de los paganos es un cuadro copiado del natural, habiéndole servido de modelos los adoradores de los santos: «No era necesario

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos* (Obras, t. III, p. 128).

un cambio de vida para aplacar á los dioses; bastaba reparar la negligencia en el culto externo ó añadir en él algo, edificar algún templo, multiplicar las víctimas, etc. El paganismo no era propiamente más que un tráfico de bienes temporales. Los hombres cumplían con oraciones, genuflexiones y ofrendas, y los dioses con el dón de la salud y de las riquezas y con el buen éxito de una empresa. La virtud no entraba para nada en este comercio; no la pedían á los dioses, y les pedían atrevidamente favores injustos. Hasta los acusaban de ingratitud si dejaban sin recompensa los honores que se les tributaban» (1).

Es preciso, si se quiere moralizar á los hombres, hacer en todo lo contrario de la moral católica, es decir, que es preciso volver á la moral de los filósofos, que es tanto la de Bayle como la de Leibnitz y Espinosa. El catolicismo vicia la moral subordinándola al dogma. Es preciso romper estas funestas cadenas. No quiere esto decir que sea necesario separar para siempre la religion y la moral. Quien altera la moral es la fe revelada, no la religion en su esencia. Porque la religion en su esencia es el fundamento de la moral, llegará un día en que no habrá más religion que la moral. Para esto es menester que el cristianismo histórico se transforme. Es menester que el elemento supersticioso que va mezclado con él y lo corrompe, desaparezca. Es decir que, para regenerar las creencias religiosas, era necesaria una obra de destruccion. Tal fué la misión del siglo XVIII. Bayle es su precursor; él mismo lo conocía, y este será su eterno título de gloria. «Yo pretendo, decía, tener una vocacion legítima para oponerme á los progresos de las supersticiones, de las visiones y de la credulidad popular.» ¡Vocacion santa que fué tambien la de Voltaire!

§ VI. — Hume.

I.

Bayle seguirá siendo un enigma si se toman en serio sus protestas de ortodoxia: no se sabe qué pensar de un escéptico que se llama

(1) BAYLE, *Continuacion de los pensamientos diversos* (Obras, t. III, p. 376).

ma cristiano, y de un cristiano que emplea todo su talento, y tenía muchísimo, en probar que el cristianismo y la razon son inconciliables. Pero si el personaje es problemático, no sucede lo mismo con su doctrina, que conduce al escepticismo religioso, y llevada hasta el final, al escepticismo absoluto. Un filósofo inglés nos dirá la última palabra de Bayle. Hume no hace ya de la duda un juego, sino un sistema. No se llama ya cristiano, no tiene respeto alguno por la religion, salvo el respeto legal que los Ingleses tienen por los hechos consumados. Bayle pertenece tanto al siglo XVII como al XVIII. Ahora bien; diríase que el siglo de Bossuet se impone hasta á los libres pensadores, excepto á Espinosa, que vivió solitario como una idea. Bayle es semi-protestante, semi-filósofo. El protestante conserva su fe tradicional en las creencias cristianas, por más de que el filósofo las bate en brecha. Hume es el Bayle del siglo XVIII, siglo de incredulidad. Bayle, educado en el espiritualismo cartesiano, no ataca jamás la inmortalidad del alma, la existencia de Dios. Hume procede de Locke, pero más lógico que su maestro, no retrocede ante ninguna consecuencia del sensualismo. ¿Qué había de ser para él, no digamos ya el cristianismo, sino cualquiera religion? Lo que era para Epicuro un vano espantajo, que no sirve más que para perturbar el espíritu con sus fantasmas y del que es preciso desembarazarse si se quiere pensar libremente.

Los filósofos del siglo XVII admitían una religion natural; suponían, pues, que la idea de Dios es innata en el hombre, y que el creer es una necesidad para su espíritu. Error, dice Hume. No hay más necesidades naturales que las que son siempre y en todas partes las mismas, que no se apartan jamás de su objeto, y cuyo objeto está exactamente determinado: tal es el amor propio, tal es la inclinacion que lleva á un sexo hácia otro. ¿Sucede lo mismo con la religion? Parece, es verdad, que en todos los tiempos y en todas las naciones se ha creído bastante generalmente que existía un poder superior, inteligente é invisible. Sin embargo, esto no es tal vez tan absoluto que no sufra alguna excepcion; ménos cierto es todavía que esta creencia haya hecho nacer las mismas ideas en todos los espíritus. Si podemos fiarnos en las relaciones de los viajeros y de los historiadores, hay pueblos desprovistos de todo